



NÚM. 2.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: Un número suelto 2 rs.; un mes 6 rs.; tres meses 18 rs.; seis meses 36 rs.; un año 72 rs.

20 DE ENERO DE 1868.

PROVINCIA.—Tres meses 20 rs.; seis meses 40 rs.; un año 80 rs.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO: tres meses 30 rs.; seis meses 5 pesos; un año 6 pesos.

AÑO I.

MI OPINION

RESPECTO Á LA NOVELA FRANCESA Y Á LA INGLESA.

(Conclusion.)

No vemos, en efecto, razon, ni pretexto siquiera, para qué, al verter á nuestra lengua un libro extranjero, se desnaturalice y adultere un habla rica, numerosa, poética, y que, si quizá ménos filosóficamente precisa en sus locuciones que la francesa, y no tan voluptuosamente suave en sus acentos como la italiana, en compensacion aventaja, y mucho, en sonoridad y grandilocuencia á la primera, y no ménos en vigorosa energía á la segunda.

Pasen, en buen hora, los neologismos cuando se trate de modernos descubrimientos en las artes; y seamos, hasta cierto punto y no más, tolerantes con el mal pegadizo de frase extranjera (como Iriarte le llama) en los escritos políticos, literarios, efímeros séres, que en el breve espacio de un dia, nacen, crecen, envejecen y mueren; pero ni al poeta, ni al novelista, puede alcanzarles ese indulto.

La lengua en que ha es-



EL PRÍNCIPE ALFREDO DE INGLATERRA.

crito Cervantes sus novelas ejemplares y el *Quijote*; Solís, su panegírico de Hernan-Cortés; Lope, sus centenares de volúmenes en verso y prosa; Calderon, su *Vida es sueño*, y su *Dama-duende*; los Argensolas, sus poesías; Quevedo, sus musas y sus elucubraciones filosóficas; Herrera y Rioja, sus pindáricas canciones; Garcilaso, sus églogas; Hurtado de Mendoza y Saavedra Fajardo, sus doctos libros; Melendez Valdés, la oda á las artes; Cienfuegos, la condesa de Castilla; Huerta, su Raquel; Iriarte y Samaniego, sus fábulas; Moratin, el padre, sus quintillas, y el hijo, su *Si de las Niñas*; Gallego, su elegía al Dos de Mayo; Lista, su plegaria al Divino Crucificado; el gran Quintana, sus odas á Padilla, al Mar y á la Imprenta; y el malogrado Espronceda su inimitable himno al sol; ese magnífico instrumento, decimos, bien puede bastarnos á nosotros para escribir y traducir novelas castiza y correctamente.

En cuanto á la eleccion de originales, debemos declarar aquí francamente, aunque sin la más remota

intencion de censurar, ni mucho ménos de ofender, á los que, pensando de otra manera que nosotros, obran en consecuencia, que, apartándonos del camino que los más siguen hoy en España, en vez de contribuir por nuestra parte á importar la literatura romanesca francesa, y aclimatarla en nuestro suelo, buscaremos con preferencia originales en Inglaterra, cuyas producciones de tal género son harto poco conocidas entre nosotros, y aún eso poco, generalmente hablando, no por traducciones directas, sino por versiones al francés primero, y luego, como Dios ha querido, al castellano.

Lejos estamos, muy lejos de negarles la fecundidad en la invencion, la gracia en el estilo, el artificio en el desarrollo de la fábula, y el arte, en fin, de sorprender y encantar, á los autores trasparenciales, que hemos leído mucho, demasiado tal vez; y no es nuestro ánimo acusarlos, á todos en cuerpo, de inmoralidad sistemática y premeditada. Pero, de hecho, las más de las novelas modernas francesas, y precisamente las más populares de ellas, son para la juventud, y especialmente para la del bello sexo, de muy peligrosa lectura. Por qué así, el público lo sabe tan bien ó mejor que nosotros: repase cada lector de folletines sus recuerdos, y que su conciencia responda.

Sin perjuicio, pues, de utilizar cualquier original de allende el Pirineo que cuadre con nuestras miras, por regla general preferiremos los ingleses; y vamos á explicar por qué, en tan compendiosas razones como, sin perjuicio de la claridad, nos sea posible.

Entre las dos grandes naciones, divididas sólo por el angosto Canal de la Mancha, median, sin embargo, diferencias tan profundas y radicales, que sólo cabe entre ellas un paralelo por disonancias, como las que deleitan á los aficionados á la música del célebre autor de *Roberto el Diablo* y del *Profeta*.

No hay quien, como los franceses, invente, formule, propague y lleve en ménos tiempo á sus últimas consecuencias, principios, teorías, y hasta paradojas políticas y literarias. Más tardos en la concepción, pero en cambio mucho más sólidos en el juicio, sus vecinos insulares todo saben profundizarlo, todo lo utilizan, y todo á límites de racional posibilidad lo reducen.

Desde 1789 á la fecha en que escribimos, ¿cuántas revoluciones, cuántos cambios de dinastía no se han consumado en Francia?—¿Y qué libertades políticas ha conquistado definitivamente?—¿Qué garantías de estabilidad para el porvenir tienen sus actuales instituciones?

Pues véase á Inglaterra, que, procediendo siempre con mesura, no rompiendo nunca con la tradicion histórica completamente, pero no desandando tampoco jamás ni un solo paso del camino una vez adelantado, es hoy, y promete serlo mucho tiempo todavía, el modelo y la envidia de todos los pueblos de la culta Europa.

¿Por qué así?—La explicacion de ese fenómeno está esencialmente en la manera de ser de una y otra de las sociedades que comparamos.

En Francia, un espíritu exageradamente democrático, tiende al individualismo, de tal manera, que, fatalmente, relaja los vínculos sociales hasta hacer indispensable una centralizacion política exorbitante. Esa basta, sin duda, á conservar la unidad nacional, aunque á expensas de la libertad; pero no á vigorizar los lazos de familia, que hoy tienen allí su razon de ser, generalmente hablando, mucho más en el código civil que en los sentimientos y en las costumbres.

Por el contrario, en Inglaterra la libertad, hoy ya de todos, pero que comenzó á ser y se ha salvado al abrigo de los privilegios aristocráticos, engrandece á los ménos sin rebajar á los más; y á cada clase inspira, con el sentimiento de la propia dignidad, el respeto á la ajena. Todos tienen participacion en la cosa pública, segun su entidad constitucional;

nadie que temer la violacion de sus derechos; y la ley es la égida común que á todos ampara. Así, en aquel país, el individuo es libre, pero no se aísla; al contrario, sabe que en la union está la fuerza, y por eso en ninguna parte es tan poderoso, práctico y útil el espíritu de asociacion, como en la Gran Bretaña. Por eso tambien no tiene el gobierno que intervenir en todo, como en Francia; por eso los ingleses son todos mayores de edad, y los franceses viven en perpétua tutela; y por eso, en fin, hay familia en el Reino-Unido, verdadera familia, mientras que en Francia, salvas excepciones, apenas existe más que nominalmente.

La libertad de testar, absoluta en Inglaterra y no en el continente, es circunstancia tambien que explica mucho la cohesion de la familia británica; pero, además, hay que tomar muy en cuenta la tendencia religiosa del pueblo anglo-normando, jamás desmentida, y la propension al excepticismo de los descendientes de los galos.

Tantas, tales y tan profundas diferencias, naturalmente se reflejan en las respectivas literaturas; pues claro está que, por hábil que un pintor sea, cuando retrata, las facciones de su modelo son las que la belleza de la figura determinan, no obstante el mérito artístico del cuadro.

En Francia la novela se escribe para los individuos, en Inglaterra para las familias; del lado de acá del Canal, prescindiendo las más veces del sentimiento religioso, y en la opuesta orilla, bajo su inevitable influencia. Al público francés, lo esencial es interesarle, y no difícil deslumbrarle con los prestigios del estilo; al inglés no hay medio de tocarle en el corazon, sin salvar primero las fórmulas del decoro, y en definitivo resultado satisfacer las exigencias de su razon.

Ningun libro de entretenimiento llega á manos de la juventud en Inglaterra, sin pasar ántes por la severa aduana de los padres de familia, mientras que en Francia es casi imposible tan sabia precaucion, por la manera de ser de la familia, que tiende, como hemos dicho, á emancipar y aislar mucho más que á mantener subordinados y unidos á sus individuos.

Y siendo así, como lo es en general, y salvas siempre numerosas excepciones, que de muy buen grado confesaremos; siendo así, ¿no está más que justificada nuestra preferencia á las novelas inglesas?

Al buen juicio de nuestros lectores lo dejamos por ahora; para en adelante, permítasenos esperar que las obras de Dickens, de Bulwer, y de algunos otros novelistas ingleses que hoy florecen, demostrarán, sin género alguno de duda, la razon que nos asiste.

Patricio de la Escosura.

BOTÁNICA.

HERBORIZACIONES Y HERBARIOS.

Nada hay más agradable, en la estacion que se acerca, ni al propio tiempo más útil para la salud, que el recorrer de mañana los campos, que se muestran á nuestra vista con todas las galas de la vegetacion. El fresco ambiente que reina á todas horas alivia á nuestros párpados de los pesados vapores del sueño, y deja el ánimo en la calma más completa, así como el moderado ejercicio destruye la languidez de los miembros y les dá fuerza y vigor. Otro atractivo ofrecen tambien estos paseos; el de herborizar. Pródiga en plantas la naturaleza, apenas se encuentra un terreno que no esté materialmente cubierto de ellas, que parecen convidar á que se las coja; pero como para esto, si se ha de hacer con algun provecho, es menester seguir ciertas reglas, indicaremos las principales, en obsequio de aquellos de nuestros lectores que sean aficionados á la botánica, esa preciosa rama de la historia natural.

Las plantas no florecen todas en la misma época,

así que es preciso combinar las herborizaciones con las diversas épocas de florecencia.

Débase recorrer sucesivamente todas las localidades del territorio, cuyas producciones vegetales se quieran conocer, pues no todas crecen en los mismos lugares, y esto debe hacerse á diferentes horas, porque hay flores que se abren y se cierran en horas determinadas.

Las plantas deben recogerse completas, por lo que se tendrá cuidado de no arrancarlas con violencia, y si solo ayudado de los instrumentos de que ahora hablaremos, porque de no hacerlo así, de poco servirán en un herbario.

Entre las plantas de una misma especie, deben preferirse, para desecarlas, las que tengan un tamaño proporcionado, con tal de que presenten con claridad todos los caracteres, pues estorbarian mucho en una coleccion las que llegan á adquirir un gran tamaño, así como se sacaria poca utilidad de las que afectan un desarrollo incompleto.

Hasta aquí las reglas principales que deben seguirse. En cuanto á los instrumentos, son más ó ménos numerosos, segun el carácter que tenga la herborizacion: si se reduce tan sólo á recorrer por mera distraccion una localidad ya conocida, con una azadilla para arrancar las plantas bulbosas y una caja, es mas que suficiente; pero si se tiene un objeto puramente científico; si se trata, por ejemplo, de formar la flora de una provincia, en ese caso, á los instrumentos citados, hay que añadir, un baston terminado en punta de hierro para poder escalar las montañas con facilidad; una lente y una lentecilla; papel de estraza ó de periódicos, que no es malo para secar las plantas; una prensa, compuesta de dos tablas como del tamaño de medio pliego, con dos travesaños para que no se corran, y dos correas para atarlas; papel para etiquetas; una hachilla; unos ganchos con una cuerda ó cadena para sacar las plantas sumergidas en las lagunas; un barómetro aneróide; una brújula, y un mapa de la localidad.

Digamos ahora el modo de arreglar las plantas recogidas.

Lo primero que hace el botánico al llegar á su casa, ó la posada, si está de expedicion, es separar las plantas unas de otras, escogiendo las que estén más completas. Hecho esto, reúne tres ó cuatro pliegos de papel y los cose por los extremos, á lo que se llama *colchoncillo*, y en seguida coloca encima, con mucho cuidado, la planta bien extendida; sobre esta planta coloca otro colchoncillo, luego otra planta, y así sucesivamente. Una vez terminada esta operacion, se mete en la prensa el paquete formado, y en ella se deja hasta el día siguiente, en el que se mudan las plantas á nuevos papeles, poniendo á secar los colchoncillos para que sirvan otra vez. Este cambio de papeles se hará sucesivamente hasta que se llegue á la completa desecacion.

Cuando las plantas están completamente secas, se las traslada al papel de los herbarios, que debe ser blanco, colado y de una magnitud igual: cada especie y sus variedades ocupan una hoja ó media hoja de papel, debajo de la cual se escribe el lugar en que ha sido cogida la planta y la época en que se cogió. Para esto es conveniente que el botánico lleve en su cartera un medio pliego encasillado, donde apunte los días de la expedicion, mes y año, los terrenos del país, la region, plantas predominantes, etc.

Algunas personas encolan las plantas, medida que no aprobamos. Lo único que debe hacerse es fijarlas por medio de fajas de papel engomado, cuya disposicion permite estudiar fácilmente los órganos bajo todas sus fases. Cuando las especies de un género están así dispuestas, se las pone en una ó muchas camisas, que llevan el nombre del género; estos géneros se reúnen en clases, segun el método de clasificacion adoptado, y se continúa de este modo. Existen en Europa herbarios de treinta y treinta y cinco mil plantas.

Bien desecada una planta, puede conservarse inde-

finidamente. Vegetales hay, sin embargo, muy difíciles de conservar, como sucede á las plantas acuáticas, con especialidad las marinas, que necesitan lavarse en agua dulce y colocarse entre hojadelatas ó cristales para que no se apoltonen. Los hongos no se pueden conservar, como no sea en espíritu de vino ó en frascos bien tapados que contengan un coccimiento de acibar.

Los herbarios exigen grandes cuidados para preservarlos de los insectos que los devoran. El herbario de Linneo se conserva en Londres, tal como le dejó aquel sábio, gracias á que se sumerge de tiempo en tiempo en una disolución de sublimado corrosivo, pero esto es caro y peligroso, por lo que bastará que la coleccion esté en un punto seco y bien aireado, y andar siempre á caza de los insectos dañinos.

El valor de un herbario se calcula por el número y rareza de los ejemplares.

Un buen herbario recogido y etiquetado por mano de un gran botánico, tiene un valor considerable. En el jardín botánico de esta corte se conservan los herbarios de Cabanilles y Lagasca y otra multitud de joyas científicas, que por las condiciones especiales del establecimiento son ménos conocidas de lo que fuera menester.

M. Fernandez Llamazares.

EL BARON DE BEAUMARCHAIS.

I.

Todos hemos oído la ópera *El Barbero de Sevilla*, pero pocos conocen, siquiera someramente, á su autor, el baron de Beaumarchais, tan popular en toda Europa.

II.

Pedro Agustín, simplemente, nació en París en 1732, de padres pobres. Su educación anduvo un tanto escasa. Al arte mecánico prestó, desde luego, principal atención el joven. Después de las primeras letras, se dedicó al oficio de relojero, donde hizo prodigios, pues inventó una nueva clase de escapes para relojes, que le valió una honrosa distinción en la Academia de ciencias de París.

Al par de la relojería aprendió la música, distinguiéndose tanto con sus composiciones, que fué nombrado maestro de guitarra y arpa de las hijas de Luis XV.

Emprendió después con la literatura, haciéndose crítico y autor dramático; figuró, ora de periodista, ora de revistero, entre todas las celebridades de su época.

En 1790, cuando contaba cincuenta y ocho años de edad, entró en negociaciones con las Américas, y les estuvo vendiendo armas y naves, de cuyo negocio sacó muchos millones, tanto que figuraba ya en París como gran capitalista, y llegó á obtener el título de baron de Beaumarchais.

Poco después, cuando el movimiento republicano, toma parte como de los primeros, protege la insurrección, expone su capital, y á la caída del gobierno popular, el del emperador no le reconoció sus créditos, quedando, por esta razón, pobre el negociante Beaumarchais. Desde entonces comenzó á vivir del periodismo, señalándose como celebridad en toda Europa por la pintura, aunque un poco libre, que hizo de la sociedad, y principalmente de los cortesanos de aquella época; hasta que, teniendo que emigrar de su patria, acudió á Andalucía, donde escribió su inmortal obra *El Barbero de Sevilla*.

Beaumarchais corrió á París, y unido con Rossini, nos presentó esa obra inmortal, que los ha elevado hasta la cúspide de la gloria. Beaumarchais no terminó, sin embargo, aquí sus trabajos, sino que después nos dió otra, obra complemento de la primera.

El Casamiento de Figaro: este es un cuadro importante por todos estilos; pero no cede en interés á los natíores *La Madre culpable*, que, aunque de distinto género, es importante también.

Beaumarchais, que de relojero pasó á baron, de baron se hizo crítico, y de crítico autor dramático, llegó á ser una celebridad muy querida del mundo moderno. Publicó varias obras importantes, y á su costa dió la primera edición de las de Voltaire, su mejor amigo.

III.

Falleció en París, al ir á cumplir los sesenta y siete años de edad, en 1799.

Sobre su muerte han corrido infinidad de versiones.

Unos cuentan que el veneno puso fin á sus días. Otros escriben que se dió la muerte violentamente por medio de una pistola.

Y todos abrigan la creencia de que, si no fué ni lo

uno ni lo otro, su muerte al ménos sucedió de un modo desastroso.

Lamentable es que acontecimientos tan recientes se adulteren de una manera tan marcada.

El siguiente relato de la última noche del inmortal escritor Beaumarchais, que acaba de publicar no há mucho en *Le Figaro*, de París, uno de los más acreditados publicistas franceses, es un dato interesante para conocer el carácter del génio del baron.

IV.

Hallábame una tarde, dice, entretenido en sabrosa plática con un honrado y venerable anciano, que había conocido á todos sus más célebres contemporáneos, que había tratado á algunos con intimidad, y en particular á Beaumarchais, el inolvidable autor de *El Barbero de Sevilla*.

A propósito de este último me refirió una historia, que me parece demasiado interesante para que prive de ella á mis lectores.

Cuando Beaumarchais contaba muchos años y muchos padecimientos, es decir, al acercarse el ocaso de su vida, pasaba tranquilamente las noches rodeado de su familia y de alguno de sus más íntimos amigos.

Antonio, criado que gozaba de todos los privilegios concedidos á los antiguos y fieles servidores, entraba todas las noches, á las diez en punto, y le acompañaba á su cuarto para desnudarle.

El gran poeta era muy aficionado al juego de las damas.

Antonio, fiel á su consigna, penetró en el salón á la hora acostumbrada, y halló á su amo preocupado con su juego predilecto.

—Señor, le dijo, son las diez.

—Bien, bien, respondió Beaumarchais sin apartar la vista del tablero; deja que acabe esta partida.

—Si no os acostáis ahora, señor, mañana os sentireis fatigado.

—No lo creas, amigo mío, me encontraré tan bueno como los días mejores.

—Además, acostándoos más tarde que de costumbre, es probable que no os levanteis á la hora de siempre, y esto...

—No tengas cuidado; me levantara más temprano que nunca.

—Yo os aseguro que no podreis.

—Pues yo te respondo que sí.

—Hablo por experiencia, señor, os conozco demasiado.

—Vamos, espera un momento... ¡un momento nada más!

—Y no levantándoos temprano, dareis al traste con vuestra vida metódica y arreglada... y faltareis á la cita que os ha dado el señor vizconde.

—Seré exacto, te lo juro.

—Y almorzaréis de mala gana.

—Almorzaré con un apetito asombroso.

—Todo cuanto digais es inútil; es necesario que os acostéis.

—Apenas acabe esta partida... es cuestión de algunos minutos... además, ya sabes que ese reloj adelanta.

—Ese reloj anda á las mil maravillas, señor.

—Te digo que no... he sido relojero del rey, y tengo más motivos que tú para saber lo que me digo.

—Y yo conozco las horas por las estrellas... Además, señor, ese juego tiene trazas de no acabarse en mucho tiempo.

—Mira, por Dios, no pongas á prueba mi paciencia!

—¿Conque no os decidís á seguirme?

—No.

—Ahora lo veremos.

Y esto diciendo, cogió Antonio el tablero y lo dejó caer al suelo.

Beaumarchais clavó una furibunda mirada en el atrevido fámulo, que permanecía con los brazos cruzados, con la serenidad y aplomo del que ha cumplido con su deber. La mirada de Beaumarchais fué apaciguándose por momentos; en seguida estalló en una alegre carcajada, dió á sus amigos las buenas noches, y siguió á su criado con la mayor docilidad.

A la mañana siguiente, Beaumarchais amaneció muerto, con la cabeza sepultada en una de sus manos, en la misma posición que se había dormido al acostarlo su fámulo.

En sus labios se dibujaba una ligera sonrisa, que parecía el reflejo de un sueño de felicidad.

Su esposa, adivinando hasta dónde podrían llegar las interpretaciones del público malicioso, mandó llamar á su médico y se opuso á que persona alguna se acercase al lecho de su marido ántes que fueran bien conocidas las circunstancias de su repentina muerte.

Al llegar á este punto de su relación, el anciano se enjugó dos gruesas lágrimas que se deslizaban por su demacrado rostro.

—De este modo, añadió, se combaten las falsas suposiciones que se han hecho, todas las conjeturas que se han formado acerca del fallecimiento del inmortal poeta, y todas las criminales acusaciones de los que han asegurado que el veneno abrió el sepulcro de aquel hijo de la gloria.

V.

Tal fué la última noche de Beaumarchais.

Se adivina en ese rasgo una bondad suprema.

El poeta famoso, el génio de la Francia en el siglo XVIII, el crítico famoso que supo pintar en un

epigrama, de una plumada, á todo un pueblo, está sujeto á un criado, á un doméstico, á un mozo que juega con él como un niño.

¡Admirable bondad la suya!

Por su talento era respetado de todos, y por su bondad querido de toda la Francia, y amado de toda la España, en donde vivió por muchos años.

Conservemos pues la memoria de un huésped que ha honrado tanto á la patria generosa que le abrió sus puertas en los días para él de desgracia y persecución.

Nicolás Diaz y Perez.

NOVÍSIMO DICCIONARIO DE LA LENGUA.

B.

Bacante. Sacerdotisa—de Baco, que es tan modesta,—que ni aún en días de fiesta—acostumbra á usar camisa.

Baile.—Un juego que no asusta—al hombre más ejemplar:—pretexto para abrazar—á la mujer que nos gusta.

Balada. Composición—de todo escritor ramplón;—versos que, fruto del númen,—nada dicen en resúmen.

Banca. De engaño, de azar—y de candidez conjunto;—siendo lo más singular—que hasta un gigante, al jugar—á la banca, es sólo un punto.

Banquillo. Sitio fatal,—en que, próximo á su fin—toma asiento el criminal,—mientras un *sastre* especial—le hace estrenar corbatin.

Baraja. Libro que enseña—á todos los que le usan—las voces *entrés, clijan*,—*albur*, gallo y otras muchas.

Barba. Producción constante,—que el rostro afable hace fiero:—explotación del barbero,—y tormento del cesante.

Batalla. Pelea ardiente—y feroz, en la que el hombre—de cristiano olvida el nombre—y se rompe lo siguiente.

Bautismo. El acto ó el modo—que á ser cristiano convida:—el portazgo de la vida,—con sus derechos y todo.

Belleza. Uniformidad—de un todo y todas sus partes:—la belleza en bellas artes—es la primer cualidad.—Lo es en la literatura,—lo que mas brilla y más vale,—y en la mujer equivale—á la física hermosura.

Beso. Un inútil ruido,—que siempre deja mil dudas—en el que le ha recibido:—la culpa de esto ha nacido—del que á Cristo le dió Judas.

Billar. Terror de patronas;—garito con varios nombres:—sitio á que van muchos hombres,—pero muy pocas personas.

Blason. Del orgullo humano—manifestación concreta;—pero de orgullo tan vano,—que le maldice el poeta—y le desprecia el cristiano.

Boda. Un día de placer,—y placer de sólo un día;—conclusión de *soltería*,—principio del padecer.—Lo que la cadena fragua—de la vida. Este eslabon—suele ser á la ilusión—lo que es á la lumbré el agua.

Bolsa. Junta comercial,—en que su gente devota—cualquiera peligro explota—del crédito nacional.—Trillado y útil camino,—que más pronto ó más despacio—á unos conduce á un palacio—y á otros á San Bernardino.

Borrachera. Prolongada—suma de copas de vino;—resta de un jornal mezquino,—cuya diferencia es nada.—*Multiplicación* de todos—cuantos objetos se ven,—y *división* es también—de la cabeza, si hay lodos.

Buey. Un sér que come paja—y sin cesar mueve el labio:—el buey, lo mismo que el sábio,—con la cabeza trabaja.

(Se continuará.)
M. Ossorio Bernard.

ANA LA LIEBRE,

POR

TORCUATO TÁRRAGO.

(Continuación.)

II.

Apuntes biográficos de un muchacho que no parece bonito.

¿Quién era Rafael, hijo de Antonio Alvarez y Petronila Martínez?

Vamos á decirlo á nuestros lectores.

Rafael era un muchacho de veinte años, algún tanto moreno, de fisonomía humilde y sumisa, de ojos negros, y que pudieran ser expresivos, á no existir en él una profunda resignación religiosa, y de una estatura que llamaríamos elegante, á no haber contraído la costumbre de andar con la cabeza inclinada y los brazos indolentemente caídos.

Antonio Alvarez y Petronila Martínez eran labradores: vivían del producto líquido de unas cuantas fanegas de tierra de vega, que llevaban en arrendamiento hacia muchos años, y como las ventas eran crecidas y las contribuciones lo eran mucho más,



GITANOS RETIRÁNDOSE DE UNA FERIA.



DESFILADERO EN EL CAMINO DEL STELVIO (ITALIA).

el matrimonio que nos ocupa apenas tenía lo necesario para vivir con la holgura de otros tiempos.

Gracias al admirable régimen doméstico de Petronila, podía decirse que en su casa no había sobras, pero tampoco había faltas; mas con todo, apuradilla andaba siempre en los últimos días del año agricultor, y cuando llegaba una de estas crisis, la buena y honrada Petronila acudía al único recurso que le quedaba, el cual era su hermano.

El hermano de Petronila era sacerdote. Beneficiado, como antes se decía, y coadjutor, como ahora se llama, de una de las parroquias de la ciudad, el bueno del clérigo no tenía otra cosa en el mundo que su hermana, y como su hermana no tenía otra cosa que su hijo Rafael, resultó de esto que el sobrino viniera á ser ni más ni menos que el hijo adoptivo del sacerdote.

Rafael, por lo tanto, se crió en la casa de su tío, más bien que en la casa de sus padres. Allí fué donde recibió una educación eminentemente religiosa. No habiendo grandes recursos en la casa de D. Anselmo, que así se llamaba el bueno del hermano de Petronila, la educación de Rafael había de resentirse algún tanto de esta falta; sin embargo, el sacerdote hizo lo que podía, y á veces mucho más de lo que podía.

Primeramente trató de inclinarlo á la carrera eclesiástica. D. Anselmo comprendía esta bajo dos puntos de vista: uno completamente moral, y otro absolutamente material. Escudar la virtud de su sobrino con el elevado carácter del sacerdocio, era su primer pensamiento. Buscarle por este camino un porvenir decoroso, y proporcionar un sosten para la ancianidad de sus padres, era su segundo objeto.

Su obra, por lo tanto, llevaba dos términos meritorios y capitales.

En los primeros años, Rafael vivió, por decirlo así, cosido á la sotana de su tío. Este lo llevaba á la parroquia; allí ayudaba todas las misas que se decían, encendía y apagaba todas las velas, asistía con una exactitud extraordinaria á todos los bautizos, entierros y matrimonios que se verificaban en ella, y cantaba con el sacristán, bien la *Lectania lauretana*, bien el *Tantum ergo*, ó bien otro cualquier canto sagrado que llegaba á ofrecerse.

La voz atiplada de Rafael se perdía muchas veces como un eco argentino en las bóvedas del templo.

Esto no quitaba nada para que después se pelease con los acólitos, á fin de apoderarse del poco vino que quedaba en las vinajeras, ó de las hostias que quedaban en el hostiario.

Tales fueron los primeros años de Rafael.

Su vida parroquial se mezcló bien pronto á su vida literaria.

Rafael tenía once años cuando salió de la escuela.

En ella, según el plan moderno, había aprendido muchas cosas sin saber ninguna. Aritmética, escritura, lectura, historia sagrada, historia de España, sistema decimal, elementos de geografía, astronomía, física y dibujo lineal, operaciones parcelarias y otra multitud de cosas, que hoy sirven de base á todas las escuelas superiores del reino; hé aquí el inmenso material que el profesor había querido introducir en la inteligencia del niño.

Rafael salió abrumado con el peso de estas asignaturas, pero hecho un pequeño enciclopedista. Al día siguiente, su tío D. Anselmo lo matriculó en el seminario de la población, y allí estudió, con mucho aprovechamiento, gramática latina, historia natural, matemáticas y otras cosas.

Rafael comprendía su misión, y era sumamente aplicado. La prueba de ello era que cuando no estaba en la parroquia estaba en el seminario, cuando no estaba en el seminario estaba en la parroquia. En sus momentos de asueto, tenía en su casa un altar y un pequeño campanario, y en este altar y este campanario se parodiaban todas las festividades sencillas, dobles, semi-dobles y solemnes de la iglesia.

Así llegó Rafael á los diez y seis años, época en que acabó de estudiar gramática y filosofía.

Los diez y seis años son siempre el término de la niñez y el principio de la juventud. Se entra de lleno en la primavera; señada en un horizonte de color de rosa; se mira á todas partes con un asombro igual al de Adán cuando fué lanzado del paraíso; se sueña más que se vive; se entrega el alma á una navegación desconocida, cuyo derrotero es siempre un fondo azul y nacarado, y se espera algo nuevo y prodigioso que se presente, pero que no se sabe lo que es.

Rafael se encontró de pronto envuelto en esta at-

mósfera. Principió á ver las cosas de distinta manera; pero encadenado á sus hábitos clericales se asustaba de todo y vivía aislado, sin amigos y sin ideas propias, no teniendo esperanza más que en su moral del P. Larraga, en la teología del Perrone, en los consejos de su tío y en las caricias de su madre.

La casa de D. Anselmo era una casa antigua, casa de beneficiado, que tenía delante de sí una gran plazuela, el campo á una parte y un arrabal á otra.

En aquella extensa y pacífica plazuela, los vecinos y vecinas vivían en constante y perpétua fraternidad.

Rafael se subía diariamente á la azotea ó terrado de la casa, para estudiar sus lecciones, y allí dominaba el barrio, el campo y parte de la ciudad. Las vecinas lo miraban siempre con el libro en la mano, y esto había esparcido cierta fama entre aquella gente sencilla de que Rafael, *siguiendo así, llegaría á saber tanto como el obispo*.

Pero nosotros nos atrevemos á hacer una pregunta en esta ocasión.

¿Estudiaba ó no Rafael? Estudiaba, estudiaba como un muchacho de diez y seis años que espera algún día ser clérigo, tal vez coadjutor, acaso cura de alguna parroquia de entrada.

Pero la teología no es un estudio como otro cualquiera, y de aquí que Rafael, perdido á veces en los profundos laberintos de la ciencia, se sintiese fatigado y abandonase el estudio, aunque tuviese el libro abierto delante de los ojos. En estos momentos, que tenían algo de estupor y somnolencia, Rafael seguía el vuelo de los pájaros, el paso de alguna nube, ó bien se quedaba mirando á la mariposa que cruzaba, á la hormiga que llevaba un poco de alimento en la boca, ó á la araña que había extendido su tela en una rendija de la pared y cazaba á la incauta mosca que caía presa en la péfida red del insecto.

Y como Rafael no había de estar siempre mirando á la atmósfera y á los animales, se entretenía á veces en mirar á los vecinos que preparaban sus aperos de labranza, á las vecinas que hilaban en las puertas de sus casas, á los muchachos que se tiraban piedras y á las chiquillas que jugaban al *Con-corron-con* (1).

En una de estas observaciones, Rafael clavó los ojos en una muchacha como de catorce á quince años, que vivía en frente de su casa. Aquella muchacha era la más traviesa del barrio, y naturalmente había de verla el estudiante desde su elevado observatorio.

Lo extraño para él era una cosa. Y esta cosa era que aquella muchacha la había conocido desde niña, la había visto crecer, y jamás le había llamado la atención.

¿Cómo, pues, vino á sorprenderle en un momento dado, en un día cualquiera, en el instante mismo en que un dorado rayo de sol bañaba la casta frente de la niña, y en que ella, jugando con otras muchachas de su edad, desataba sus largas trenzas de oro y se envolvía entre las brillantes bandas de sus cabellos?

Hé aquí lo que diremos más adelante.

Hemos hecho en este capítulo la biografía de Rafael, y justo es que pasemos á hacer la de ella.

(Se continuará.)

EL PRÍNCIPE ALFREDO DE INGLATERRA.

El príncipe Alfredo nació el 6 de Agosto de 1844, y es el hijo segundo de la reina Victoria. Oficial de la marina real, es además heredero de la corona ducal de Saxe-Coburgo-Gotta.

Gitanos retirándose de la feria.

Nuestro grabado representa el momento en que, después de haber negociado los tipos que en él figuran, el ganado que llevaron á la feria, se retiran los gitanos gozosos por el resultado, pero á buen paso, sin duda por el temor que siempre les acucia de que se descubran antes de tiempo las malas artes que en sus tratos por lo general emplean. En la lámina á que nos referimos está perfectamente sorprendido por el artista este momento crítico, que sucede á la terminación de todas las ferias en que aquellos intervienen.

(1) El *Con-corron-con* es un juego, una danza y un canto al mismo tiempo. Se reúnen diez, quince, veinte ó más muchachas bonitas. Se dan la mano y forman una rueda. Esta rueda gira acompasadamente, mientras una voz clara y argentina entona una copla, cuyo estribillo cantan en coro todas las demás.

DESFILADERO DE FUNSTERMUNK, CAMINO DEL STELVIO.

El desfiladero y fuerte de Funstermunk es uno de los puntos más importantes del camino estratégico que conduce desde Alemania á Italia. En los últimos años, además de las fortalezas construidas en 1079 por el duque bávaro Well, se han añadido otras muchas, cuya inexpugnable condición puede apreciarse fácilmente examinando el grabado que ofrecemos, y que encierra notable interés en las actuales circunstancias.

ARBOLEDA DE ARANJUEZ VISTA DESDE EL RIO.

Aranjuez, ciudad situada á la orilla izquierda del Tajo, es sin duda uno de los sitios más amenos de las cercanías de Madrid, de cuya villa se halla separado por 44 kilómetros de distancia únicamente. Sus bien cuidados jardines, sus frondosos bosques y sus florestas de constante y vigorosa vegetación, hacen de Aranjuez uno de los pueblos más notables de España.

Nuestro muy querido amigo y estimado compañero de redacción, el Sr. D. Angel Avilés, se halla enfermo, y por lo tanto no le ha sido posible escribir la *Revista del extranjero*, de que se halla encargado. No queriendo nosotros privar á los lectores del SEMANARIO de esta importante sección, insertamos con el mayor gusto la siguiente *Revista*, que un apreciable colaborador se ha servido remitirnos.

REVISTA DEL EXTRANJERO.

Ingrata tarea, es en la actualidad, la del periodista. Por cierto es cosa triste en extremo el tener que referir un día y otro hechos funestos para el bienestar y la prosperidad de la gran familia humana, que languidece y gime, agobiada bajo el peso de calamidades sin fin. Volvemos los ojos en derredor nuestro, y vemos en donde quiera desaliento en los pueblos, vacilación en los gobiernos, y en no pocas partes hambre y miseria; ningún rayo de benéfica luz ilumina ese lóbrego cuadro, que ofrece á nuestra vista la situación actual de Europa, y aún del mundo entero: lo presente es sombrío; lo porvenir negro y tenebroso, y si aún no hemos perdido el débil consuelo de la esperanza, que es lo último que pierde el hombre en esta vida, al menos no hay motivo para que la tengamos buena.

No somos de los que se complacen en pintarlo todo de color oscuro, pronosticando desdichas y males que están lejos de suceder; al contrario, quisiéramos pintarlo todo de color de rosa; nada nos diera más alegría que poder vaticinar acontecimientos felices, días de contento y prosperidad para todos. Pero desgraciadamente no está en nuestra mano el hacerlo, y para que de ello se convenzan nuestros lectores, recorreremos juntos, en este breve artículo, la ancha faz del mundo civilizado.

Crucemos los Pirineos, y veamos qué es lo que pasa en Francia. ¿En qué se ocupa el gobierno que rige los destinos de aquel pueblo limitrofe? Ante todo, en aumentar sus fuerzas terrestres y marítimas, en fortificar sus fronteras, en prepararse, al parecer, para una próxima lucha. Y sin embargo, ningún enemigo hay que le amenace; sus relaciones con las demás potencias europeas no pueden ser más cordiales, al menos así lo dan á entender los discursos pronunciados recientemente por el emperador Napoleón, y los boletines del *Moniteur*: Prusia, Austria, Rusia, Italia, todas respetan á temen á Francia, y ninguna tiene motivos, ni deseos de despertar su ira, retándola á sangrienta pelea; pero, á pesar de la amistad que aún la une con esas naciones, á pesar de que nadie la ultraja ni la amenaza, Francia cree necesario, indispensable de todo punto, el tener un formidable ejército, de más de un millón de hombres, y los quiere tener á todos en pie de guerra, dispuestos á entrar en acción á la primera señal.

Será entonces Francia la que quiere turbar la paz común; pero no, *el imperio es la paz*, y si no lo es efectivamente, la necesita muy mucho, pues sólo la paz podrá devolverle el movimiento comercial é industrial de que hoy carece, y cuya falta ha sumido en la miseria á miles y miles de familias, que tienen que arrostrar el rigor de esta cruda estación invernal, sin fuego en el hogar, sin pan en la alacena. Pues si necesita paz, y no hay nadie que la amenace, ¿por qué se arma Francia? se nos preguntará. Y nosotros contestamos, repitiendo lo que arriba dejamos escrito: porque vé sombrío lo presente, tenebroso y negro lo porvenir.

Pasemos el Rhin, ese caudaloso río de feraces riberas, de corriente rápida y cristalina, tantas veces, por desgracia, teñida con sangre humana. Aquí hallamos una gran nación, más próspera, más joven, más vigorosa que Francia, y que está henchida aún del gozo y satisfacción, que le procuró su victoriosa marcha del mar Báltico á las orillas del Danubio. ¿Qué hace Prusia? Atenta á consolidar el edificio de la unidad alemana, cimentada en los campos de Sadowa, prosigue con no menos ardor, aunque con más cautela, sus armamentos belicosos: moviliza su formidable y aguerrido ejército, crea una armada, y reemplaza el mortífero fusil de aguja, por otra

máquina guerrera más temible aún, y se perfeccionan sus legiones en el arte de matar. ¿Quién amenaza á Prusia? ¿Quién trata de disputarle sus recientes conquistas? Nadie. ¿Tratará ella acaso de aumentarlas á costa de sus vecinos? El gobierno de Berlín declara, por medio de sus órganos oficiales, que por ahora no. Está satisfecha, próspera; lo presente no le parece sombrío; pero cuando se arma, no le ha de parecer tan risueño lo porvenir.

Lo propio podemos decir de todos los demás Estados alemanes, con excepción de Austria. La antigua monarquía de los Hapsburgos, dirigida por el hábil sajón Beust, ha cambiado completamente, de algunos meses á esta parte, de carácter, de aspecto y de tendencias: celebre un tiempo por su gobierno despótico, por sus tendencias retrógradas, y por ser el amparo y sosten de todos los tiranuelos de Europa, es hoy un modelo de adelanto y de progreso, que debieran tratar de imitar otras naciones que se jactan de haber sido cuna y refugio de la libertad en Europa. Reconciliada con Hungría, libre de los cuidados que la preocupaban en Lombardía y Venecia, no piensa Austria más que en arreglar su hacienda, en conceder nuevas garantías y libertades á los pueblos, y en disminuir su ejército; tres pruebas irrecusables de adelanto, civilización y buen sentido. ¿Pero podemos declarar completa la dicha de que goza esa nación? Lo fuera tal vez si hacia Oriente no asomara una nube, que amaga una próxima tempestad. Los armamentos de Rusia y su actitud recelosa, las agitaciones que conmueven á los pueblos slaves en las orillas del Danubio, y mantienen en continuo sobresalto á Turquía, amenazan arrastrar á Austria fuera de la senda regeneradora por que actualmente camina, y enredarla en complicadas cuestiones, del todo ajenas á la obra civilizadora en que, con tanto aplauso de los hombres de sentimientos rectos, se ocupa.

Atravesando los Alpes, bajamos al fin á las fértiles llanuras de Italia; pero ¡qué triste y desconsolador es el espectáculo que ofrece á nuestra vista ese hermoso país, cuna de las artes y del saber moderno! Sin recursos, casi sin gobierno, y luchando contra toda clase de calamidades públicas, se arma y se prepara para pelear, imitando el ejemplo de las demás naciones. Sombrío, en verdad, es para Italia lo presente, y ¡qué tan tenebroso, cuán negro el porvenir que le espera!

Antes de poner fin á nuestra revista, tócanos hablar de otra potencia europea, de la Gran Bretaña, la nación libre por antonomasia, la patria de los expertos diplomáticos, y de los sesudos comerciantes, en cuyas manos está el tráfico del mundo.

Aquí también reina el mismo desasosiego, la misma agitación febril que entre los demás pueblos europeos. Pero de otra índole es el mal que aflige al Reino Unido. Una temible y audaz conspiración, oculta en los rincones más recónditos del territorio inglés, amenaza destruir el orden social y político, que tanto honra á aquel pueblo varonil.

Tal es el estado en que actualmente se halla Europa.

Méjico, Santo Domingo, Chile, el Perú y las demás repúblicas hispano-americanas se hallan todas más ó menos divididas y estragadas interiormente por los partidos que recíprocamente se disputan el poder. Pero eso no debe sorprendernos, pues de antiguo sabemos que la anarquía es el elemento en que sólo pueden existir los habitantes de aquellas repúblicas, que al parecer están en vías de retroceder al estado salvaje, en que hace cuatro siglos las hallaron nuestros antecesores.

La guerra entre el Brasil y el Paraguay continúa con el mismo ardor, y por ahora la victoria no parece querer decidirse por ninguno de los combatientes. Pero habiendo llegado ya hasta el Cabo de Hornos, bueno será que pongamos fin á nuestra excursión y á esta revista, que se ha ido alargando más de lo justo.

I. C.

REVISTA DE MADRID.

Celébrase anualmente en esta capital una fiesta, que siempre ha llamado poderosamente mi atención.

Esta fiesta es la que tiene efecto en la calle de Hortaleza y adyacentes el 17 de Enero, día de San Antonio Abad.

Tengo observado hace ya algunos años, que siempre que la gente de Madrid vá en romería á festejar algún santo de su devoción, es casi de necesidad contar, como cosa corriente, que no se tenga la fiesta en paz.

En la romería á que me refiero, no recuerdo, sin embargo, que haya habido nunca que lamentar desgracia alguna.

Ignoro cuál sea el fundamento de esta excepción en aquella deplorable regla, pero es el caso que así sucede, y por ello me doy mil placeres.

Del resultado de esta observación, nace sin duda la extrañeza de que llevo hecha mención, y de la que nunca me he dado exacta cuenta.

Hay, sin embargo, que advertir que en la fiesta á que aludo, constituyen la causa ocasional de la misma, los cuadrúpedos, en todas y cada una de sus manifestaciones.

¿Será quizás que el instinto de los animales es más prudente que el libre albedrío de los hombres? Dejo la respuesta á quien se halle en ocasión de darla, y pasando como sobre áscuas por encima de tan árdua cuestión, entro á definir lo que es ahora, lo que antes fué, y lo que presumo que será luego, la fiesta llamada *Vueltas de San Anton*.

Desde las doce del día lucen, en los balcones de las casas que se levantan en la carrera de las caballerías, sus naturales atractivos las bellas, sus costosos y artificiales adornos las feas.

Infinito número de galanes vuelven y revuelven su cuerpos por las aceras de aquella afortunada calle, concurridísima en extremo en dicho día, con motivo de la solemnidad religiosa que se celebra en la iglesia, que bajo la advocación del mencionado santo, se halla en la citada calle establecida.

Aumentan la animación del cuadro las innumerables cabalgatas, que proporcionan momentos propicios para que luzcan su gallarda habilidad ó su inexcusable torpeza cien ginetes sobre caballos de pura raza, ó vergonzantes rucios, que allí se pasean libremente, y sin dar pretexto á murmuración por tan extraño contraste, toda vez que en semejante día y con tal motivo se halla en la carrera mencionada, digna y oportunamente representada la indescriptible variedad de la *acémila* en toda su inmensurable extensión.

Además, y como gráfico detalle de la tal romería, véñese, sobre desvencijadas mesas de absoluta desconformidad, emboscadas en las entradas de las calles como alevosos asesinos, piramidales mazacotes, compuestos de los *históricos* bollos del santo, embizados en almazarrón, y ofreciendo al incauto ocasión para un cólico ú algo más.

Esto, no obstante, existe aún alguno que compre los tales panecillos.

Un amigo tengo, que se permitió tal exceso, y halló dentro de uno un diente incisivo.

Sin duda algún atrevido se propuso *clavir* el diente al tal mendrugo.

Huyendo de estos peligros, como huyen, sin duda, los concurrentes, las *vueltas de San Anton* ofrecen al curioso ocasión de grato solaz.

Útil es decir que este año lucieron sus galas, naturales ó compradas, las inquilinas de esta corte, para quienes el lujo es una necesidad, necesidad que comprendemos, aunque no juzguemos prudente, y eso que no es, ni con mucho, tan grave y trascendental como han dado en suponer algunos, que presumen que el lujo ha de ser la ruina de la sociedad. No pensamos que el lujo sea conveniente, pero, á fuer de justos, se nos ocurre recordar algo respecto á ese vicio que, si no justifica el mal que ahora se trata de combatir, razona en algún modo la existencia de esa costumbre, que no es nueva, ni producto de esta época, ni mucho menos siquiera.

Hace ya muchos siglos que se ostentaba entre los romanos un lujo, del que no es ni sombra pálida el que en nuestros días es objeto de sátiras crueles.

Hacemos gracia, para nuestro fin, de los trages de púrpura, tejidos de oro y bordados de rubíes y diamantes, que entónces con profusión se usaban.

Para nuestro objeto, basta hacer constar lo que acude á nuestra memoria, y nos obliga á decir que Heliofáballo, por ejemplo, usaba en las grandes ceremonias unas pantuflas cubiertas completamente de piedras preciosas, esculpidas además de un modo prodigioso. La diadema de la emperatriz Sabina valía más de seis millones, y tres valían los pendientes que usaba Popea. Añádase á esto el anillo de la emperatriz Faustina, valorado en un millón, y el curioso dato que nos dá á conocer que la mujer de Druso, Antonia, se permitía adornar con aretes de brillantes y rubíes los peces de sus estanques, y podremos ir formando idea de la injusticia de nuestros asustadizos clamores de ahora.

No había dama de suposición entónces (es probado), que no tuviese dobles joyas, las más pesadas para el invierno y las más ligeras para el verano.

Los zapatos y las botinas, que reemplazaron á las sandalias, y que se sujetaban á la pierna con cintas de oro, tenían las suelas guarnecidas de perlas, y la parte superior cubierta de arabescos de oro y de diamantes.

Las sombrillas que entónces se usaban eran semejantes á las de hoy, con la diferencia notable de estar todas ellas bordadas de oro y piedras preciosas.

Por fin, si no se usaban guantes, cosa que es y ha sido motivo para numerosas, aunque estériles investigaciones, en cambio, conste que se cubrían aquellos personajes los dedos de sortijas que valían un tesoro, y no solamente se adornaban los cabellos, el pecho y los brazos con multitud de joyas, sino que hasta se rodeaban de costosos aros de oro la garganta de los pies.

Ahora bien: si esto es cierto, como no puede dudarse, creemos que no hay motivo para que se declame contra los usos de hoy, y sobre todo para que se proclame á voz en cuello contra lo original de aquella tradicional costumbre, ogaño modificada notablemente.

Queda, pues, demostrado, que la fiesta de San Anton se ha celebrado este año con igual animación y orden que en los anteriores, y que el buen gusto de los adornos que nuestras bellas han lucido, no dan

motivo á disertaciones ni origen á extrañezas vulgares. Pasemos, pues, á otro asunto.

En la semana ha ocurrido además algo que debe mencionarse. Los teatros del Príncipe y de la Zarzuela han ofrecido los dos primeros estrenos del año. Procedamos con orden.

Sheridan es el título de la comedia en tres actos que arreglada de *L'Homme de rien*, y puesta en verso por D. Francisco Luis de Retes, se ha estrenado en el Príncipe.

L'Homme de rien, estrenada con éxito regular el año 1861 en el teatro de *L'Ambigu comique* de París, ha ganado en el arreglo, hecho á conciencia por el Sr. Retes.

Esto no obstante, habríamos querido que, puesto que se trata de un personaje histórico, se hubiera conservado íntegramente la noticia de su vida, ó que, á no ser esto posible, se hubiera dado otro título á la obra.

Sheridan, que en la comedia que nos ocupa se casa, después de ser diputado y cuando es nombrado ministro, con una joven llamada *Susana*, se casó con una cantante llamada *Isabel Linley*, cuando sólo era autor dramático, y poco ántes de representarse su obra, titulada *L'Ecole de la Medisance*, que sin duda es la mejor de cuantas escribió.

Juzgamos que los caracteres de los personajes históricos, y sobre todo los episodios de su vida, han de conservarse fielmente al darlos á conocer en el teatro. En otro caso, las comedias en que figuran no deben llevar al frente el nombre de aquellos, pues esto parece que obliga á trazar, por lo ménos, con toda verdad y exactitud, una biografía.

En la Zarzuela, la obra representada se titula *La Chismosa*. Esta comedia, original de D. Enrique Gaspar, revela las buenas dotes de este autor, y sirve de ocasión para que una actriz distinguida, la Sra. Valverde, luzca sus inestimables dotes artísticas.

También en el teatro Real ha aparecido en la semana última, con el papel de *Dulcamara* en el *Elixir d'Amore*, el Sr. Salas, quien demostró que es cantante, actor y, sobre todo, artista que comprende y domina la escena.

Hé aquí, pues, todo lo que de notable ha ocurrido en estos últimos ocho días. En los futuros, Dios dirá.

E. de Inza.

EL ÁNGEL Y EL HOMBRE.

(PARÁFRASIS DE MOORE.)

I.

—Ángel de paz, ¿qué es el mundo?
—Es fantasma pasajero
Con su dulce amor primero,
Su desengaño segundo,
Y excepticismo postrero.

—¿Luego, si engaños mi anhelo
Hallará sólo en el suelo,
¿Dónde existe la verdad
Que busco con ansiedad?
—¡Mortal! existe en el cielo.

II.

—¿Qué es la gloria?
—Es engañosa
Estrella, que desaparece
No bien la alborada hermosa,
Entre nubes de oro y rosa,
En Oriente resplandece.

—¿Dó exhalan, pues, sus olores
De la esperanza las flores;
¿De la esperanza! consuelo
De un corazón sin amores?
—En los ámbitos del cielo.

III.

—Luego los hombres, ¿qué son?
—Viajeros, que en noche oscura
Y en días de confusión,
Con la luz de una ilusión
Navegan á la ventura.

—¿Entónces la apetecida
Paz, que calme mi desvelo,
Tampoco existe en el suelo?
—¡Tampoco existe!... escondida
Está en el confín del cielo.

A. Mestre y Tolon.

JUEGOS DE AZAR.

Del tapete tentador
en que se arriesga el reposo,
el juego más peligroso
es el juego del amor.
Nunca sabe el jugador
cuánto expone en la partida,
pues en esa lid reñida,
toma el embite tal giro
que empieza por un suspiro
y acaba por una vida.

Francisco Camprodon.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

HALLAZGO ARQUEOLÓGICO.

Una carta de Jerusalem dice que las obras de restauración de la cúpula del Santo Sepulcro quedarán terminadas para las fiestas de la próxima Pascua, y que se espera, para esta solemnidad, las visitas de muchas notabilidades de España y de Francia.

Un incidente importante, bajo el punto de vista de los recuerdos históricos, ha ocurrido durante las obras destinadas á consolidar los pilares que contienen la rotunda de la iglesia del Santo Sepulcro.

Desde tiempo inmemorial existían, á la entrada de la iglesia, dos groseros montones de piedras, que estrechaban mucho el paso; y satisfaciendo los deseos expresados por los tres patriarcas, armenio, griego y latino, las autoridades musulmanas concedieron la supresión de aquellos informes bloques. Al practicar esta operación, los operarios descubrieron una piedra sepulcral que cubría los restos de un caballero francés, de Felipe d'Aubigny, cuyo nombre y armas se conservan muy visibles. Grande ha sido la emoción con que se ha visto reaparecer á la luz este antiguo monumento del tiempo de las Cruzadas.

Felipe d'Aubigny había formado parte de la cuarta Cruzada, que fué predicada por el cura Foulques de Neuilly, y mandada principalmente por señores franceses: por Villehardouin, senescal de Champagne; Baudoin, conde de Flandes, y Bonifacio, marqués de Montferrat.

EMPLEO DE LOS NARCÓTICOS.

De las investigaciones estadísticas que acaban de hacerse acerca del uso de los narcóticos en los diferentes pueblos, resulta que el tabaco está en uso por 900.000,000 de hombres; el ópio por 400; el cáñamo y el haschich, por 300; el betel, por 100; la coca por 10, y las demás sustancias por 25 millones.

Una tendencia, que forma tan evidentemente parte de la naturaleza humana, no puede ser reprimida por ningún medio físico, fiscal ó reglamentario; puede serlo, á lo sumo, durante algún tiempo, pero aún este resultado pasajero, no siempre se consigue. Una prueba de esto, se encuentra en lo infructuosamente que se intentó por nuestro gobierno evitar que los españoles fumasen la coca en el Perú. Los reyes y los obispos que quisieron prohibir que se fumase, no han sido más afortunados en Europa y en Asia; y el mal resultado, más reciente, de las cruzadas contra el ópio, ha demostrado la ineficacia de estas empresas.

DOS ROBOS.

Hace algunos años, el gran duque Constantino, hermano del actual emperador de Rusia, visitó á Marsella, y el municipio dispuso una función de gala en su obsequio. A esta representación asistía el general Tottleben; y mientras el ilustre defensor de Sebastopol miraba muy atento lo que pasaba en la escena, le quitaron la pelliza, que había dejado en el salón de descanso. Pocos días después recibió el despojado un anónimo, participándole que la sustracción de su abrigo no procedía de un robo vulgar, sino que un admirador del caudillo moscovita había querido conservar un recuerdo de tan gran capitán, enviándole, en cambio, un soberbio par de pistolas.

Un hecho semejante acaba de ocurrir en la misma ciudad, según dice *La Semaphore*. A M. Dennery, autor de tantos dramas tremebundos, le faltó de su cuarto, en el hotel del Louvre y de la Paz, un magnífico gaban forrado de pieles. Como es justo, el autor dramático debía mostrarse sensible á esta delicada atención, creyendo que la prenda había debido pasar á la situación de recuerdo, en poder de un ferviente admirador de sus obras, puesto que los marseleses parecen aficionados á conservar la ropa de los grandes hombres. Esperaba el anónimo, y acaso con él, una pluma de oro, cuando al pasar por la plaza de San Martín, sus ilusiones se desvanecieron

como el humo: su gaban estaba colgado á la puerta de un prendero.

En compensación de su terrible desengaño, M. Dennery ha recobrado su magnífico abrigo.

Está visto que los robos de honor no son para todos los días, ni para las notabilidades de segundo orden.

ENSEÑANZA DE LOS CIEGOS.

El primero que se dedicó á la enseñanza de los ciegos, reuniendo para este objeto los trabajos aislados de sus predecesores, fué M. Valentin Hanry, que desde el año 1784 abrió en París un instituto, bajo la protección de la sociedad filantrópica. Este instituto fué puesto bajo la protección del Estado en 1790, y ha llegado después á un estado floreciente. Generalizada ya la enseñanza por todas las naciones, menos España, se presentó al fin D. J. M. Ballesteros á la Sociedad económica matritense en 13 de Julio de 1834, ofreciendo dedicarse á la enseñanza de los ciegos, bajo la protección de la Sociedad, presentando después, en 7 de Marzo de 1835, un ciego ya instruido, como prueba de lo que prometía. La Sociedad elevó una exposición á S. M., que resolvió se formase al instante una escuela práctica para alumnos externos. Esta escuela es la única que llegó á fundarse y aún subsiste en el colegio de sordo-mudos, verificándose su instalación pública y solemne el día 20 de Febrero de 1842, y presentándose alumnos de ambos sexos, en los que pudieron verse los ventajosos efectos de esta especial educación. Aún no ha podido esta elevarse ni difundirse en el grado que es necesario, pero la escuela subsiste á cargo del autor de estas líneas, que procura presentar en ella los resultados que á favor de más eficaces medios se admiran en los colegios extranjeros.

MADRID: 1868.—Editor responsable, R. Berengüillo.

Establec. tipográfico de **LOS SUCESOS**, á cargo del mismo, Torres, 4, duplicado.



ARBOLEDA DE ARANJUEZ VISTA DESDE EL RIO.